

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ
SOBRE EL MIEMBRO FANTASMA

CARLOS VELÁZQUEZ
MANSON REVISITED

KARLA ZÁRATE
LETRA SIN DESTINO

NÚM. 358 SÁBADO 02.07.22

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

EL QUIJOTE EN EL MISSISSIPPI

UN ENSAYO DE L. M. OLIVEIRA

LA SEDUCCIÓN DE LÓPEZ VELARDE

FERNANDO FERNÁNDEZ

CRÓNICAS TAURINAS PARA TIEMPOS NUBLADOS

JOSEFINA VICENS / PEPE FAROLES



Arte digital ▶ A partir de retratos de Miguel de Cervantes Saavedra y Mark Twain ▶ Delcarnat / shutterstock.com, y textura de Kseniya Lapteva / unsplash.com ▶ Andrea Lanuza ▶ La Razón

Los estudios críticos que desde el siglo XVII versan sobre la obra más conocida de Miguel de Cervantes pueden llenar bibliotecas: los personajes, el significado, la estructura, el humor, las mujeres, la crítica social y la metaficción son apenas algunos temas que han interesado por centurias. Si a esto se suman los análisis sobre su influencia en las literaturas hispánicas y universales se entiende por qué se trata de una bibliografía inmanejable: a más de cuatro siglos de su publicación, Don Quijote de la Mancha mantiene su vitalidad. L. M. Oliveira sigue aquí la huella cervantina en el clásico estadounidense Mark Twain.



LAS AVENTURAS DEL QUIJOTE EN EL MISSISSIPPI

L. M. OLIVEIRA

@munozoliveira

Pocos recuerdos de mi infancia son tan gozosos como los que me traen Tom Sawyer y Huckleberry Finn. Desde que nos mudamos a vivir a la Magdalena Contreras, en un condominio de unas siete casas, todas con niños de mi edad (el más pequeño de la palomilla tendría cuatro y el más grande, diez), Tom y Huck se volvieron recurrentes en los juegos que imaginábamos: piratas, exploradores de cavernas, buscadores de tesoros, navegantes del Mississippi. Todo gracias a que, en la televisión pública, pasaban por las tardes una adaptación japonesa de *Las aventuras de Tom Sawyer* al anime. Después de comer salía a casa del Neto a ver las peripicias de aquellos dos. Y vaya que nos angustiábamos y nos reíamos con la representación japonesa de los gritos con la boca muy abierta y con las lágrimas a los costados, como flotando.

1. DE VUELTA AL GOCE

Por esa época mi madre (¿o fue mi padre, o fueron los dos?) me regaló una colección de Larousse que adaptaba a historieta grandes obras de la literatura, de ahí que la colección se llamara Maravillas de la literatura.

Cuando me la dieron tenía cinco títulos: *Lazarillo de Tormes*, *Los tres mosqueteros*, *Huckleberry Finn*, *Moby Dick* y *Robinson Crusoe* (¿será casualidad que entre mis autores favoritos estén Dumas, Twain y Melville, o me condicionaron esas tempranas lecturas con dibujos?). En fin, tirábame en un espacio entre los sofás de la sala y ahí, adonde iban a parar los cálidos y tenues rayos del sol, me deleitaba con aquellas historietas de no más de cuarenta páginas, una y otra vez, como si bajo la trama subyociera no sé qué encantamiento (era la fe de la literatura, la mera verdad). Con anime e historietas de por medio, ¿cómo no iban a inundar Tom y Huck nuestros juegos? Mi primer amor, sin duda alguna, fue Becky Thatcher, le temía al indio Joe y al papá de Huck, soñaba con San Petersburgo, pueblo que baña el Mississippi.

Más tarde, mis primeros libros *hechos y derechos* fueron de aventuras: Tom, Huck, Jim Hawkins y Sandokán. Eran mi fascinación. Pero la adolescencia, esas dudas sin respuesta, ese baño de incertidumbre que derrumba la seguridad de la infancia (de las infancias intocadas), esa época en la que el juicio de los otros destruye lo poco

que se puede creer en uno mismo, me llevaron a renegar de mis gustos de infancia. Pronto me volví lector de Ibarra, de Kundera, de quienes terminé renegando también, para defender a muerte a un solo Dios: la literatura rusa del XIX. Esa carta no me la podía matar cualquier bocón. Pero si leía a Dostoyevski, no iba a leer aventuras de niños. Defendía las *ideas propias* con ahínco de cruzado. Por fortuna, la adolescencia suele quedar atrás, a veces a los veinte años, otras a los cuarenta. Y cuando al fin se cambia esa piel, se relativizan las creencias sagradas de esos soldados imberbes y tozudos. Por fin podemos recapacitar.

EN MI ÉPOCA DE LEER a Ernest Hemingway sin parar, antes de cumplir treinta, asombrado por la claridad de sus frases y lo descomunal del carácter de algunos de sus personajes, me hallé la siguiente frase: "Toda la literatura estadounidense moderna viene de un solo libro de Mark Twain, titulado *Huckleberry Finn* [...] es el mejor libro que hemos tenido. Toda la escritura estadounidense viene de ahí. No había nada antes. Y no ha habido nada tan bueno desde entonces". Quedé sorprendido. Y es que

Foto > Archivo del autor

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

después de muchos años de prejuicios recordaba aquel libro, no como una gran obra de la literatura sino de simples aventuras juveniles (como si las aventuras no pudiesen ser grandes obras). Pero aún pensaba que todo se descubría en nuevas lecturas, faltaban años para que desarrollara el placer de la relectura. Así que dejé pasar una década más para retomar a Twain.

En plena pandemia, y gracias a un libro que empecé a imaginar, volví a leer esos libros. Me divertí *Tom Sawyer*, pero *Huckleberry Finn* me dejó sorprendido. Noté un brinco muy grande entre los dos. ¿Cuál era la diferencia? La más obvia estaba en el cambio de narrador: Tom no narra su historia, lo hace un narrador omnisciente. En cambio, Huck sí toma la palabra. Según cuenta Kent Rasmussen en el prólogo que escribió para *Las aventuras de Huckleberry Finn*, cuando Twain terminó de escribir la historia de Tom en 1875, le escribió a un amigo suyo: “[Tomaré] a un niño de doce años y lo pondré a vivir (en primera persona), pero no Tom Sawyer, que no sería un buen personaje”. Al respecto, comenta el propio Kent Rasmussen:

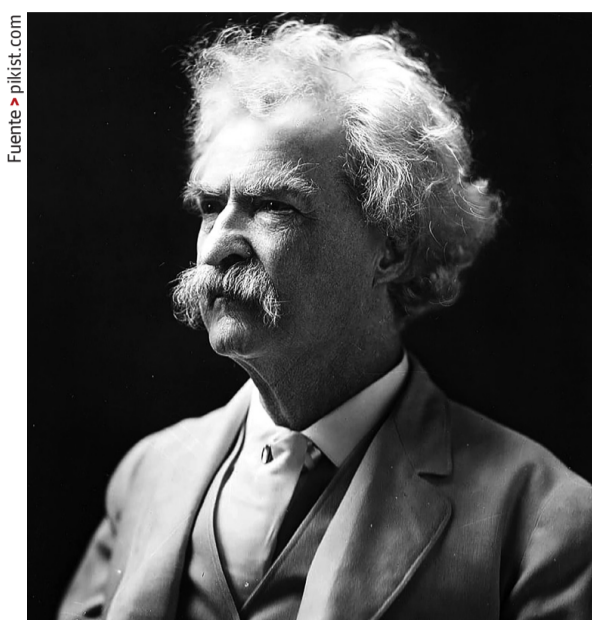
Lo que Mark Twain pretendía —y acabó logrando— era escribir una narración sobria y seca, libre de la clase de fantasías imaginativas que un personaje deseoso de llamar la atención como Tom Sawyer querría crear y también libre de juicios de valor y de comentarios omniscientes, como los del anónimo narrador adulto de Tom Sawyer. Esa novela es ante todo un libro juvenil narrado por un adulto, mientras que *Huckleberry Finn* acabaría resultando un libro de adultos narrado por un chico.

Es un volumen que describe el mundo esclavista desde la mirada de un niño maltratado. Y nada más apunto esto: la infancia de Huck, si bien está repleta de juegos y aventuras, tiene como sombra dramática el abuso al que lo somete su padre borracho.

2. DE FÁBULAS Y MORALEJAS

Esta libertad de juicios de valor que busca y logra Twain con Huck como narrador reluce frente a la *escuela* que pretende que la literatura sea un vehículo de la denuncia, de la indignación, un compendio de juicios morales, tendencia que cíclicamente vuelve a tomar fuerza en la literatura. Hace poco, por dar un ejemplo reciente, en la nota liminar de *Esbirros*, Antonio Ortuño toma distancia y señala:

Por su condición hipócrita y predicadora, la coplita [se refiere a la que cantaba un tipo que solía subir al autobús que cada mañana llevaba a Ortuño a la escuela] siempre me pareció repelente. Y quizá por haberla oído tan repetida es que me revientan las fábulas morales. Rebajar la literatura a los “enxiemplos” me parece, sin más, una forma de empobrecimiento [...] Estos cuentos [los que



Mark Twain (1835-1910).

“¿NO SERÁ QUE MIENTRAS MARK TWAIN PAUSÓ LA ESCRITURA DE LAS AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN LEYÓ LAS DEL QUIJOTE? ¿Y QUE A PARTIR DE ESA LECTURA DECIDIÓ QUE SU NOVELA ANDARÍA LOS PASOS DE CERVANTES?”

reúne en *Esbirros*] abordan las oscuridades del poder y la sumisión (que se encuentran en el empleo cotidiano, en la pareja y la familia, en las relaciones personales y la política) y exploran a quienes transitan por ellas, pero carecen de moraleja.

Veamos si lo anterior no es similar al aviso que puso Twain al inicio de *Huckleberry Finn*:

Las personas que intenten encontrar un motivo en esta narración serán perseguidas. Aquellas que intenten hallar una moraleja serán desterradas. Y las que traten de encontrar un argumento serán fusiladas.

Con respecto a los juicios de valor no hemos más que regresado a finales del XIX. No tengo duda de que mostrar un dilema sin ofrecer un juicio fortalece el razonamiento ético. En cambio, los juicios desmenuzados son *papilla moral*. Dice Andrew Lang, escritor inglés del siglo XIX, sobre *Huckleberry Finn*:

el esbozo del personaje resulta admirable, insuperable en su género. Al poner la historia en boca de Huck, el protagonista, Mark Twain logró darle una seriedad poco común en su obra y abstenerse de comentarios. Nada puede ser más auténtico y más humorístico que la historia de ese chico marginado, con un corazón naturalmente bueno y una conciencia dividida entre las enseñanzas de su mundo acerca de la esclavitud y los impulsos de su naturaleza.

L. M. OLIVEIRA

(Ciudad de México, 1976), escritor y filósofo, autor de *El oficio de la venganza* (2018), *Las buenas costumbres* (2019) y *El mismo polvo* (2021), entre otros libros.

Esa *neutralidad* le costó al libro y al propio autor un sinnúmero de críticas sobre el *racismo* de la obra. Incluso, a finales del siglo XX, Jane Smiley, novelista de gran magnitud (sugiero leer *La edad del desconsuelo* y *Un amor cualquiera*) escribió una crítica severa de la novela. Dice ella —traduzco del original que apareció en *Harper's Magazine* en 1996— que tras dejar reposar la novela, Twain la retomó tres años después:

Trabajó en ella dos veces más, una para reescribir los capítulos sobre la enemistad entre los Grangerfords y los Shepherdsons, y una segunda vez para incluir al Duque y al Delfín.

Según Smiley, es a partir de la pugna entre los Grangerfords y los Shepherdsons que la novela cae, porque desde ese punto los episodios son sólo distracciones ante el verdadero tema de la obra: “el cariño y la responsabilidad que siente Huck por Jim”. Más adelante señala que desde ese punto de la narración, Jim es hecho a un lado y Huck sigue al Duque y al rey para enfrentar dilemas mucho menos interesantes como el del fraude, sin importarle la urgencia de libertad de Jim. Según Smiley, Twain era improvisador por naturaleza y estos juegos lo satisficieron de manera suficiente como para seguir adelante con la escritura de la novela. También dice que todo el plan de Tom para liberar a Jim, que leemos hacia el final, es cruel.

El análisis de Smiley no parece estar a la altura de esa obra novelística. Extraña que pretenda decirnos que Twain traiciona su tema: la responsabilidad de Huck de liberar a Jim. ¡Por favor! Tenemos muchas razones para dudar de que ése sea el tema del libro. Y yerra aún más cuando piensa que los episodios que narran la disputa entre familias y las tretas de los dos timadores son meras ocurrencias. ¿No será que mientras Twain pausó la escritura de *Las aventuras de Huckleberry Finn* leyó o releyó las del Quijote? ¿Y no será que a partir de esa lectura decidió que su novela andaría los pasos de Cervantes en una danza de espejos? Si lo leemos así, los episodios que distraen a Smiley, más que ocurrencias parecen juegos quijotescos, siendo el que señala como cruel, el más quijotesco de todos.

3. DON QUIJOTE DEL MISSISSIPPI

Cuando Smiley volvió a Huck se decepcionó y puso en duda que fuera una obra maestra. Según ella, la encumbraron unos cuantos, entre ellos T. S. Eliot, que era de la región. Yo, en cambio, quedé maravillado al releerla por su olor a “un lugar de la Mancha”. Permítaseme, como lector asiduo y escritor de cierta ingeniosidad, señalar ciertos aparentes vínculos entre el Quijote y las aventuras de Huck. Sé que llegarán los eruditos en el asunto, como curas y barberos, a querer tirarme al fuego por mi atrevimiento de manchar campos que son suyos. Pero ya no estoy en la adolescencia como para dejarme amedrentar así por los *bullies* de la cultura y de Twitter.

Todos sabemos que correlación no implica causalidad. Con esto en mente, les cuento que, por lo que pude averiguar, dos fueron las traducciones del Quijote hechas en el siglo XVIII, que se leyeron ampliamente en el mundo anglosajón durante el siglo XIX, cuando Twain se acercó al libro: la de Charles Jarvis, quien lo tituló en inglés *The Life and Exploits of the Ingenious Gentleman Don Quixote de la Mancha* y la de Tobias Smollett, *The Adventures of Don Quixote de la Mancha*. ¿Será que Twain leyó la traducción de Smollett? Y, más aún, ¿será que en sus títulos, *The Adventures of Tom Sawyer* y *The Adventures of Huckleberry Finn*, hay un juego con el Quijote? Me gusta suponer que sí, aunque habría que corroborarlo. Y, claro, siempre queda la posibilidad de que entonces, como hoy, titular un libro *las aventuras de alguien* ayudara a la recepción del público. Quizá por ello, Smollett se permitió cambiar (o bien sus editores) el título del Quijote, como no hizo Jarvis.

Recordemos el inicio de Huck: "No sabéis quién soy como no hayáis leído un libro titulado *Las aventuras de Tom Sawyer*, pero eso no importa. Ese libro lo hizo el señor Mark Twain, y en él dijo la verdad poco más o menos. Exageró algunas cosas; pero, en general, dijo la verdad". Dos asuntos me resultan notables de este párrafo. Primero, el juego que abre Huck al hablarnos del señor Mark Twain, quien escribió un libro anterior y bien pudo no escribir el que tenemos en las manos. Esto sitúa a Twain en una relación de distancia similar a la que pretende Cervantes con el Quijote, según lo expresa en el prólogo de la primera parte: "Yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote". Huck parece decirnos: *Twain habló de mí, pero esta historia la cuento yo*. Así, desde el inicio, Twain presenta a un narrador que quiere alejarse del autor, en un juego de espejos con Cervantes. Por otro lado, al decirnos que no todo en el libro anterior es verdad y que hay exageraciones, acentúa el vínculo, pues remite a Cide Hamete Benengeli, "autor" del Quijote.

No está de más decir que en *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Twain no busca la amplitud de narradores del Quijote (pocos en su sano juicio lo harían). Cervantes presenta todo tipo de juegos narrativos. Tomo algunos ejemplos del ensayo de Margit Frenk, "Juegos del narrador en el Quijote":

“¿SERÁ QUE EN SUS TÍTULOS,
THE ADVENTURES OF TOM SAWYER
Y THE ADVENTURES
OF HUCKLEBERRY FINN,
HAY UN JUEGO CON EL QUIJOTE?
ME GUSTA SUPONER QUE SÍ”.

... nos encontramos con un continuo rompimiento de esa omnisciencia, desde el comienzo mismo de la novela ("Quieren decir que tenía el sobrenombre de 'Quijada' o 'Quesada'"). [...] Ahí están los varios 'autores' anónimos y sus divergentes interpretaciones. Ahí, las referencias a opiniones de sujetos impersonales no identificados: "y así se cree que fueron al fuego".

El narrador del Quijote también duda, finge: "[el mancebito] lleva un bulto o envoltorio, *al parecer*, de sus vestidos". Otro recurso del narrador, dice Frenk, es que nos cuenta las cosas a través de la percepción de sus personajes: "No dice: 'por el mismo camino venían unos encamisados', sino: '*vieron* que por el mismo camino que iban venían hacia ellos...". Además, nos recuerda Frenk, en el Quijote "el Narrador adopta los modos de hablar de sus personajes y, con ello, su visión de las cosas". Este recurso permite los ensueños del caballero andante. A esto debemos sumar la credulidad de Sancho: primero empieza dudoso cuando, por ejemplo, asegura que aquellos no eran gigantes, sino molinos, pero termina aceptando que llegará el momento en que recibirá como premio a sus esfuerzos una ínsula que gobernará a placer. Así se lo dice a su mujer (quizá por conveniencia, porque burro no es):

—No traigo nada de eso —dijo Sancho—, mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.

—De eso recibo yo mucho gusto —respondió la mujer—. Mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que las quiero ver, para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer —dijo Panza—, y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje a buscar aventuras, vos me veréis presto conde, o gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

Ya en el tercer capítulo de su novela, Twain nos regala un Huckleberry como Sancho. Tom dice que al día siguiente asaltarían a un grupo de mercaderes españoles y árabes que iban a "acampar en Cave Hollow con doscientos elefantes, y seiscientos camellos, y más de mil caballerías, todos cargados de diamantes". Huck le cree y por eso decide presentarse a la excursión: "Yo no creía que pudiéramos vencer a semejante montón de españoles y árabes, pero quería ver los elefantes y camellos, de modo que no falté al día siguiente".

Cuando llegan al lugar donde habría de estar el campamento, el desengañado Huck no ve más que párvulos de la escuela dominical: "No vi ningún diamante y así se lo dije a Tom Sawyer. Me contestó que, a pesar de todo, los había allí a carretadas; y dijo que también había árabes y elefantes y cosas. Yo le pregunté, entonces, por qué no podíamos verlos". Tom Sawyer le contesta que si "hubiera leído un libro llamado Don Quijote, lo sabría sin preguntarlo".

Sin duda este pasaje es un guiño, pero también una advertencia: lo que los lectores estamos por atestiguar puede leerse en clave de las tres salidas del Quijote. En este sentido, lo que Smiley ve como episodios que hacen caer la novela de Huck y distraerla de su tema central (como ella lo entiende), en realidad son claves para ver el juego quijotesco de Twain. Distraen de la misma manera en la que las historias de Cardenio, Luscinda, Dorotea y Fernando, o la del Cautivo y Zoraida, nos alejan de la intención del Quijote, en palabras del narrador: "Querer resucitar y volver al mundo de la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería". Qué nos importan todas esas historias, podría quejarse alguien, si lo que esperamos es saber si hay o no ínsula para Sancho.

El pasaje que Jane Smiley considera cruel, en el que Tom, en lugar de liberar de inmediato a Jim, decide evadirlo como señalan los libros de aventuras, es el más quijotesco de todos. Otra vez Tom juega de Quijote y Huck, de Sancho:

—¿Para qué queremos una sierra?

—¿Que para qué la queremos? ¿Acaso no hay que serrar la pata de la cama de Jim para quitar luego la cadena?

—Pero ¡si acabas de decir que bastaría con levantar la cama y quitar la cadena!

—¡Cuidado que tienes talento, Huck Finn! Se te ocurren los medios más infantiles de hacer las cosas. Pero ¿es que nunca has leído ningún libro?... ¿Ni el barón Trenck, ni Casanova, ni Benvenuto Cellini, ni Enrique IV, ni



Gordon Bruce, *Huckleberry Finn y Jim en el río Mississippi*, óleo sobre tela, 2015.

ninguno de esos héroes? ¿Cuándo se ha visto librar a un prisionero de una manera tan ingenua? No, los expertos en la materia sierran la pata de la cama, y la dejan así, y para que no se les descubra se tragan el serrín, y disimulan la parte serrada poniendo porquería y grasa para que el senescal de más penetrante mirada no vea señal de que ha sido serrada y crea que la pata está completamente entera.

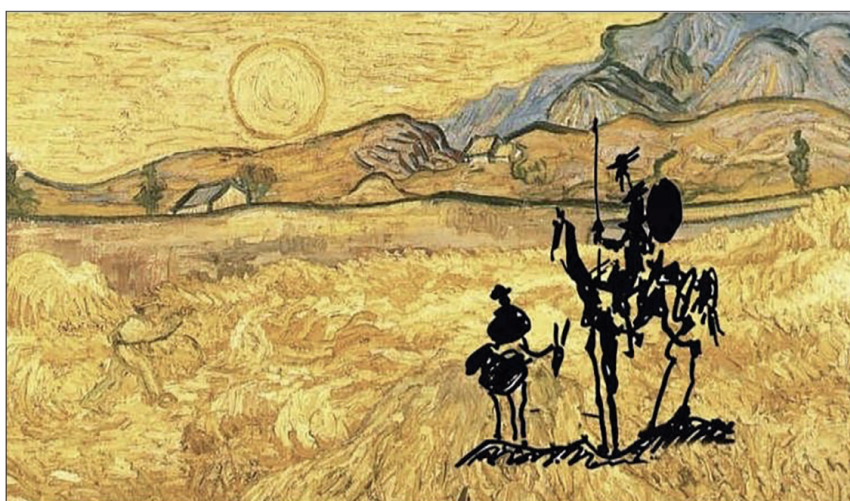
Tom no tiene urgencia, quiere hacer las cosas como el Quijote, al pie de la letra de lo que enseñan los libros. Y todo se nos cuenta desde el punto de vista de Huck. ¿Eso implica que Jim no sufre? ¿La única forma de contar esa historia es desde el sufrimiento del esclavo preso? Discrepo, las historias no deben trabajar en pos de las causas, sino de *la verdad* y esto es importante, pero si no lo desarrollo parece una idea trillada y vacía. “La literatura busca la verdad” no dice nada, aunque puede decir mucho.

4. VEROSIMILITUD Y VERDAD

Cervantes, ya al final de la primera parte del Quijote, en el capítulo XLVII, pone a un personaje, el cura, a hablar sobre las novelas de caballería. Este señor las desprecia de muchas maneras, la que sigue resultará central para lo que viene:

Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe.

Es decir, quien no sea capaz de escribir con verosimilitud será incapaz de admirar, suspender, alborozar ni entretener a los lectores. Esta valoración de la credibilidad, que la sitúa en lugar tan elevado entre las virtudes de la prosa, no se ha movido un ápice en lo que muchos escritores de hoy sostienen: “más que verdadera, la novela debe ser verosímil”. Después de más de cuatrocientos años desde la publicación del Quijote, seguimos en lo mismo que el cura. Yo mismo recuerdo haber atesorado la idea del *discurso verosímil*. Pero ya Cervantes, como luego hará Twain, nos advierte la falsedad de esta virtud: la verosimilitud es lo de menos, ya no digamos en las andanzas del Caballero de la Triste Figura, sino también en la forma en la que se nos narran sus salidas. La religión puede dar luz a lo que digo: el cuento (no lo digo peyorativamente) de la Virgen que se embarazó del Espíritu Santo, y el Cristo que resucitó para luego elevarse al cielo. Nada de eso es verosímil. De ahí la virtud de la fe, que es la que otorga, en este contexto, *verdad*; ésa que mueve montañas y



El Quijote y Sancho, en montaje de obras de Van Gogh y Picasso.

motiva a las personas a actuar como no quieren, sólo porque piensan que es lo que deben hacer. Pues ése también es el camino de la literatura: encontrar su propia fe, que sostenga su verdad. Esa fe no es verosimilitud.

Stephen Gilman, en su revelador libro *La novela según Cervantes*, analiza con detenimiento el asunto. Escribe: “Si se le hubiese preguntado a Cervantes cuál era la esencia temática del Quijote, habría respondido (al igual que Mark Twain y que todos los novelistas de esta tradición): la inmediatez de su verdad entre la falsedad”. Y, ¿cuál es su verdad? La experiencia consciente del paso del tiempo, dice Gilman, que es la única certidumbre que subyace tanto en las desconfiables experiencias externas del mundo postridentino o barroco (un molino de viento, un caballero ataviado con un verde gabán, su casa), como en la exuberante *ingeniosidad* que se constituía en su expresión literaria.

Lo mismo sucede con Mark Twain. En *Tom Sawyer*, nos señala Gilman, las aventuras se narran una tras otra y en tercera persona, mientras se van incrementando los peligros. “El contraste entre las aventuras artificiales inventadas por Tom y las de Huck es intencional y de suma importancia para Huckleberry Finn. Al leer ambas, percibimos de manera vívida cómo las aventuras de Huck se funden con el tiempo de su vida, que a su vez explora, enriquece y atrae el tiempo de nuestras vidas”. Esto sucede al punto de que dejamos de leer el libro y el libro comienza a leernos, porque eso hace la verdad literaria: nos impide quedar impávidos. Y en ese tránsito de lector a leído, ¿dónde queda la verosimilitud del cura?

Huck sufre ante la disyuntiva de ayudar a Jim a ser libre o liberar a un esclavo en contra de lo que la ley manda. Según su razonamiento, lo correcto es lo que la norma legal dicta, pero

su corazón lo lleva por otro lado. Anota Kent Rasmussen:

A pesar de sus orígenes humildes, Huck ha asimilado las actitudes raciales de los dueños sureños de esclavos, por lo que cree que los blancos son superiores a los negros y que la esclavitud tiene una justificación legal y moral. A lo largo de toda la narración se siente avergonzado y culpable por ayudar a un esclavo a escapar de su legítimo propietario. Huck, que ha creído creyendo que hay pocas cosas peores que un abolicionista, está absolutamente convencido de estar cometiendo una terrible falta. No obstante, aunque tiene varias oportunidades de corregir su supuesto error, es incapaz de traicionar a Jim. Lo que nos demuestra la fuerza de su carácter no es que haga lo correcto porque es correcto, sino que hace lo correcto sin dejar de creer que está haciendo lo incorrecto.

Esa duda en la conciencia, ese dolor del corazón, esa fuerza de la lealtad en ese mozuelo que madura valen más que mil moralejas. La verdad literaria es cierto relato (y aquello que lo construye: lenguaje, imágenes, sentimientos) ante el tiempo biológico de los personajes y del lector, ante el irremediable fin; es verdad ante la muerte: “¡Anda, putilla del rubor helado, anda, vámonos al diablo!”.

REFERENCIAS CITADAS

- Ernest Hemingway, *Verdes colinas de África*, DeBolsillo, México, 2017.
- R. Kent Rasmussen, “Introducción”, en Mark Twain, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Penguin Classics, México, 2013.
- Mark Twain, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Penguin Classics, México, 2013.
- Antonio Ortuño, *Esbirros*, Páginas de Espuma, Madrid, 2021.
- Andrew Lang, citado por R. Kent Rasmussen, *op. cit.*
- Jane Smiley, “Say It Ain’t So, Huck”, en *Harper’s Magazine*, enero, 1996, pp. 61-67.
- Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española / Alfaguara, México, 2004.
- Margit Frenk, “Juegos del narrador en el Quijote”, Actas XVI, Congreso AIH, Centro Virtual Cervantes, https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/16/aih_16_2_083.pdf
- Stephen Gilman, *La novela según Cervantes*, FCE, México, 1993.

“DESPUÉS DE MÁS DE CUATROCIENTOS AÑOS DESDE LA PUBLICACIÓN DEL QUIJOTE, SEGUIMOS EN LO MISMO QUE EL CURA. YO MISMO RECUERDO HABER ATESORADO LA IDEA DEL *DISCURSO VEROSÍMIL*”.

El pasado 17 de junio, el investigador, poeta y reciente miembro del Seminario de Cultura Mexicana, Fernando Fernández, recibió en Zacatecas el Premio Iberoamericano Ramón López Velarde 2022. Entre sus intereses consta la predilección por el autor de "La suave Patria", que ha derivado en los libros de ensayo Ni sombra de disturbio (2014) y La majestad de lo mínimo (2021). En su discurso de aceptación del reconocimiento destaca las tareas que considera indispensables para profundizar aún más en la producción del creador zacatecano.

LA SEDUCCIÓN DEL LENGUAJE DE LÓPEZ VELARDE

FERNANDO FERNÁNDEZ

@F_Fernandez_F

Como conté ya en diversas ocasiones, descubrí a Ramón López Velarde en las páginas de un ejemplar de *Cuadrivio*, el precioso libro de Octavio Paz que estaba en la pequeña biblioteca de mi casa. Caí en una extraña fascinación, hecha de perplejidad y admiración a no sabía yo exactamente qué... lo cual se entiende bien, puesto que López Velarde es un poeta difícil y Octavio Paz, un prosista complejo.

ALENTADO POR UN VIAJE previo por medio país que hice con un amigo de la preparatoria en trenes y camiones, y con la mochila al hombro, que incluyó una primera visita a Zacatecas, al poco tiempo estuve de regreso en esa ciudad, que se me quedó grabada con especial intensidad.

Mi segunda visita, a diferencia de la primera, tenía como último destino esta villa jerezana. Conservo el boleto del tren que me trajo a tierras zacatecanas, a cuyo reverso puede leerse con claridad la fecha 6 de mayo de 1985 y, también por ahí, perdido entre otros papeles, el boleto que atesoré de mi primera visita a la Casa Museo del Poeta en esta ciudad.

Fue interesante, aunque un tanto infructuoso, tratar de encontrar en las calles de Jerez, en su gente, sus edificios, su atmósfera, los referentes de cuanto había leído. Me llamó la atención, eso sí, que algunas calles llevaran como nombre algunos de sus versos más famosos. En el camino, de ida y de regreso, leí a López Velarde: empecé a sentir y disfrutar la poderosa atracción que ejercía en mí su lenguaje.

El encuentro con el libro de Paz, y la visita al Jerez de mis 21 años, se complementaron con la adquisición de mi primer ejemplar de las *Obras* de López Velarde, editadas por José Luis Martínez, en una librería que estaba a la entrada de Lecumberri, convertida hacía no mucho en sede permanente del Archivo General de la Nación.

“LOS ESTUDIOS DEDICADOS AL POETA SIGUEN SIENDO TAN ANIMADOS COMO SIEMPRE, SI NO ES QUE RECIBIERON UN EMPUJÓN DESPUÉS DEL CENTENARIO DE SU FALLECIMIENTO”.

Aunque esos dos libros y aquella visita juvenil conformaron mi arranque formal de lecturas hacia el país de López Velarde, todavía pasó mucho tiempo antes de ocurrírseme siquiera escribir sobre el tema, cosa que no empecé a hacer sino entrado ya este siglo, cuando me invitaron a hacerlo los añadidos de Octavio Paz a su ensayo original recogido en *Cuadrivio*, una vez que descubrí con sorpresa, en el ejemplar de una edición más reciente que saqué de una biblioteca pública en una ciudad extranjera, en donde yo entonces vivía, que había sido modificado por su autor en dos importantes aspectos. Uno de ellos, el que más me impresionó, fue que había añadido unos párrafos críticos sobre "La suave Patria". Publiqué ese artículo en una revista y volví a olvidarme del tema.

Tuvieron que pasar otros diez años para que tomara en serio la posibilidad de armar un libro sobre López Velarde, lo que ocurrió hasta 2014, por los días en que yo cumplía cincuenta años de edad, en cuanto el editor italomexicano Marco Perilli aceptó echarle un ojo a una propuesta mía y decidió publicarla. El libro se llamó *Ni sombra de disturbio* y fue coeditado por la Dirección

General de Publicaciones, a cuya cabeza estaba Ricardo Cayuela Gally.

Siete años más tarde, el editor Juan Luis Bonilla accedió a publicarme un segundo volumen, titulado *La majestad de lo mínimo*, el cual fue apoyado por mi viejo y querido amigo Sergio Vela, cabeza de Arte y Cultura Grupo Salinas, y a su vez por el Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde, de modo que apareció en dos ediciones simultáneas.

LOS ESTUDIOS ACTUALES dedicados al poeta zacatecano siguen siendo tan animados como siempre lo han sido, si no es que recibieron un nuevo empujón después del centenario de su fallecimiento, que se conmemoró el año pasado. Y eso que el antiguo vínculo entre su obra y el poder público ha desfallecido en los últimos años. Gracias a que López Velarde sirvió al discurso político desde el día de su muerte, siempre ha habido interés en animar a sus estudios y estimular a sus investigadores. Tristemente, esa etapa ha entrado en decadencia en los últimos pocos años en México. Eso se explica por la ignorancia soberbia o la ceguera ideológica de algunos de los responsables de mantener viva su memoria. Por una parte, esto nos ha beneficiado, porque por fin nos ha dejado a solas con nuestro poeta. Deseo resaltar y agradecer que el gobierno del estado de Zacatecas mantenga viva esa llama, de la que este premio es un resplandor, ahora más necesaria que nunca.

Yo participo de ese fenómeno de animación inagotable. Somos varios investigadores quienes estudiamos a López Velarde al mismo tiempo, a distintas profundidades, y nuestras áreas de trabajo ni siquiera se rozan. Así de gigantesco es el asunto. En lo personal, nunca dejo de tener algún proyecto nuevo que me inquieta, como la búsqueda en alguna biblioteca o una vieja revista. Tengo pendientes dos o tres cuestiones específicas que quedaron sin resolver en el segundo de mis libros; quiero escribir sobre las principales novedades editoriales, entre ellas sobre un magnífico libro

Imagen conmemorativa del centenario del poeta.



aparecido a finales de año, titulado *El ruiseñor de Alfeo*, del poeta y crítico jalisciense Luis Vicente de Aguinaga. Además, tengo interés en estudiar todo lo que se publicó sobre "La suave Patria" el año pasado y que no pude atender como hubiera querido: artículos de Ernesto Lumbrellas, quien ganó este Premio en 2021 y ahora forma parte del jurado, más un par de libros de Víctor Manuel Mendiola.

QUIERO APROVECHAR LA MENCIÓN de Lumbrellas para decir algo sobre el jurado, empezando por él mismo, por supuesto, quien nos vino a mostrar a los arrogantes capitalinos que dormíamos sobre una pequeña mina de información relativa a los últimos años de López Velarde, los que pasó entre 1914 y 1921 en la Ciudad de México, información que ahora, como continuación de su espléndido libro sobre ese tema, ha ampliado y está en proceso de explorar.

Evodio Escalante, ganador también de este Premio Iberoamericano Ramón López Velarde, a quien estimo personalmente de manera especial, y el cual todavía el año pasado me estuvo hablando de Julio Ruelas con conocimiento y emoción, ante las piezas mismas del gran artista zacatecano.

Alejandro Higashi, quien es hoy el miembro más joven de la Academia Mexicana de la Lengua y al mismo tiempo uno de los más entusiastas velardianos de esa institución, a la que debemos el que los papeles del poeta, los manuscritos en tinta y lápiz que dejó al morir, se hayan conservado perfectamente, desde que la familia de López Velarde los entregó en 1971 al presidente Echeverría, quien los depositó en la institución académica. La pasión de Higashi asegura que esos papeles entrañables están en las manos idóneas y podrán ser proyectados en el futuro de la mejor manera.

ADEMÁS DE LAS RAZONES esperables, el premio que hoy generosamente se me concede es muy importante para mí. Por un lado, porque representa una aprobación a mi trabajo como investigador independiente, desligado de cualquier institución académica pública o privada. Por el otro, porque es un estímulo para seguir adelante. Este estímulo y aquella aprobación me llegan con más fuerza porque proceden del hecho de que los escritores reconocidos anteriormente con este Premio Iberoamericano Ramón López Velarde han sido los principales conocedores y estudiosos de la obra de nuestro poeta.

No sólo eso: al mismo tiempo son algunos de los principales escritores de México. No deja de ser un hecho llamativo el que muchos de los mejores autores de este país hayan sentido fascinación por López Velarde: pienso en Juan José Arreola, Alí Chumacero o Eduardo Lizalde, por mencionar tres que me impresionan especialmente. A esos nombres señeros hay que añadir los de José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis. En años recientes no ha dejado de hacerse justicia con ninguno de los conocedores de nuestro poeta, y por esa razón se ha reconocido con él a Marco Antonio Campos, Guillermo

Sheridan, Alfonso García Morales, Marta Canfield, José de Jesús Sampedro, Vicente Quirarte, Evodio Escalante, Juan Villoro y Ernesto Lumbrellas. Ver mi trabajo entre el de ellos me produce una enorme satisfacción.

Si somos varios los que estamos en esa brecha no es sólo por el poderoso atractivo del jerezano, sino también porque hay un largo camino por delante. Bien podemos preguntarnos: ¿qué falta por hacer? Si me lo preguntaran, diría para empezar que una versión mejorada de la edición de José Luis Martínez, con la que no tenemos nada más que agradecimientos, pero es lamentable que haya quedado vieja. Mi amigo, el crítico Carlos Ulises Mata, presentó un informe que quita el aliento sobre cantidad de problemas de todo tipo que hay en una edición que teníamos como satisfactoria, si no es que como definitiva.

Falta una buena edición de las crónicas, que son, al menos algunas de ellas, francamente notables, literatura de primera calidad, anotadas, por supuesto, y puestas en orden, porque ya vimos, y dejé consignado en *La majestad de lo mínimo*, que hay incluso problemas de datación y de orden, como ocurre por ejemplo con una de las más emblemáticas, "El don de febrero", la que dio título al libro en que Elena Molina Ortega las recogió por vez primera.

Falta una buena edición de la prosa política, que ha sido injustamente tratada por la crítica, por autores como el propio Martínez y José Emilio Pacheco, a pesar de que Juan José Arreola aseguraba que en ella está lo que él llamó *la sal de la vida*.

Falta una iconografía que reúna todas las imágenes que tenemos de López Velarde en la mejor reproducción posible, donde se nos explique de dónde vienen, cuándo fueron dadas a conocer, incluso dónde están hoy sus originales.

Falta una nueva edición de los manuscritos del poeta con los que cuenta la Academia Mexicana de la Lengua, analizados por sí mismos, como manuscritos, más allá de la primera que hizo Martínez de ellos, en *Obras poéticas* de 1998, y de la bella edición de presencia institucional publicada el año pasado por la propia Academia.

Falta emprender una búsqueda seria por todas las publicaciones del interior del país, donde el propio Guillermo Sheridan, quien sabe algo al respecto, asegura que tiene que haber más material de nuestro poeta.

Hace falta que se reediten algunos libros esenciales, por ejemplo la correspondencia con Eduardo J. Correa, reunida por el propio Sheridan, sin duda la aportación más significativa a los estudios velardianos en más de treinta

.....
"NO DEJA DE SER LLAMATIVO EL QUE MUCHOS DE LOS MEJORES AUTORES DE ESTE PAÍS HAYAN SENTIDO FASCINACIÓN POR LÓPEZ VELARDE: PIENSO EN ARREOLA, CHUMACERO O LIZALDE"



Ramón López Velarde (1888-1921).

años. También, el libro esencial de evocaciones del amigo íntimo de López Velarde, el doctor Pedro de Alba.

Falta una nueva edición del libro de Allen W. Phillips, que sigue siendo el título de referencia sobre los procedimientos literarios de López Velarde, y no se reedita desde 1988.

De entre lo valioso que se ha hecho en Zacatecas en estos años, habría que retomar la espléndida Biblioteca Ramón López Velarde que inició José de Jesús Sampedro con tino intelectual y perfecto buen gusto, y que las torpezas de los cambios de sexenio interrumpieron de manera lamentable. Y eso por referirse a lo más evidente y práctico, a lo mínimo necesario, para volver, con las mejores herramientas, a él.

PARA MÍ, DESDE AQUEL VIAJE de mis 21 años, la obra de López Velarde ha cambiado de ser un territorio arduo, extraño, un tanto insondable, a uno que conozco razonablemente bien y en el que me muevo con alguna facilidad. Casi cuarenta años más tarde, entiendo mejor su mundo y me explico más fácilmente la manera en que pensaba y comprendo con mejores razones dónde está y en qué consiste la seducción de su lenguaje. Una cosa no ha cambiado, o quizás dos: aquella fascinación del principio y esa dosis de misterio que siempre termina por aparecer, aquí y allá, tanto en su vida como en su obra.

El año pasado, un periodista me preguntó cuál es el lugar que ocupa López Velarde en mi consideración como lector de poesía mexicana. Sin pensarlo mucho, contesté algo que más tarde, cuando me cuidé de razonarlo con calma, me pareció que no era injusto y valía la pena rescatarlo del comentario ocasional. Es esto: mientras sor Juana Inés de la Cruz nos deslumbra, y a Alfonso Reyes lo queremos como a un abuelo risueño, y con Carlos Pellicer simpatizamos, y a José Gorostiza y Octavio Paz los admiramos sin límites, es a Ramón López Velarde a quien amamos. La razón está en que, él solo, produce en nosotros todo lo que hemos dicho de los demás: nos deslumbra, lo queremos como a un pariente entrañable, simpatizamos con su vida y nos conmueven sus fracasos políticos y amorosos tanto como su muerte temprana, y, sobre todo, admiramos ilimitadamente el lenguaje con que nos transmitió, con emoción, misterio y nitidez, lo que pensaba y sentía. ▣

Fuente: letralia.com

Los cambios de la sociedad contra el maltrato a los animales han cancelado los circos en México, ya que los exhibían y sometían mediante la violencia. Hoy esa tendencia en ascenso está cerca de cancelar también, de manera definitiva, las corridas de toros —y con ello, su tradición de siglos.

Los tiempos no son favorables. Aquí, un reflejo de sus épocas de gloria, en la pluma de una escritora notable que ejerció, de modo insólito, un oficio que parecía reservado a los hombres.

Josefina Vicens / Pepe Faroles

CRÓNICA TAURINA

PARA TIEMPOS NUBLADOS

NOTA Y SELECCIÓN DE ALEJANDRO TOLEDO

@ToledoBloom

Muy pronto, el Fondo de Cultura Económica pondrá en circulación *Las crónicas de Pepe Faroles y otras escrituras*, de Josefina Vicens (1911-1988), un libro que recoge parte de esos materiales diversos que se crearon a la par, o antes o en los intervalos (que fueron largos), de las dos novelas importantes de Vicens: *El libro vacío* (1958) y *Los años falsos* (1982). El tomo está a cargo de Norma Lojero Vega, que es quien más ha estudiado la vida y la obra de la autora en décadas recientes. A ella se deben, además de este libro próximo, una serie documental televisiva, una compilación de escritos sobre la autora realizada en colaboración con Ana Rosa Domenella (*Josefina Vicens: un clásico por descubrir*), y *Josefina Vicens: una vida a contracorriente... sumamente apasionada*, ambos de 2017.

Entre lo reunido en el nuevo tomo (que incluye guiones, teatro, un cuento, poesía) destaca aquello que le da el título principal: las crónicas de Pepe Faroles, aparecidas en el periódico *Torerías*, de septiembre de 1943 a octubre de 1944. El periódico fue fundado por la escritora junto con su amigo Alfredo Valdez, y se imprimía en los talleres del diario *Excelsior*.

COMO SE SABE. Josefina Vicens tenía apego a lo masculino; los protagonistas de sus novelas son José García y Luis Alfonso Fernández; y firmaba los artículos periodísticos como Diógenes García (en temas políticos o sociales) o Pepe Faroles (para hablar de la fiesta brava).

En este último caso era una observadora independiente de lo que ocurría en el ruedo, y por ello mismo solía incomodar. Contó un día, por ejemplo, los disgustos que provocó una de sus crónicas, al grado de que un amigo (boxeador) de un torero (Arruza) avisó que buscaría

a Pepe Faroles para golpearlo. En efecto, el boxeador se presentó en la redacción de *Torerías* y conversó con ella; luego Josefina le preguntó a qué horas empezaría a pegarle. “¿A usted, señora, por qué?”. “Porque yo soy Pepe Faroles”.

Lo que resalta en Vicens es el modo profundo como entendía la experiencia taurina:

Creo que es la única fiesta metafísica. Es el único espectáculo en donde la muerte es otro de los personajes. Al igual que los toreros y toda la cuadrilla, la muerte hace el paseíllo. Porque el torero sabe que entra vivo, pero no sabe si sale vivo. La muerte siempre está campeando en una plaza de toros. El torero que diga que no tiene miedo, miente; algunos de ellos, cuando están haciendo una buena faena, se apasionan y por un momento olvidan el miedo, pero éste es tremendo y constante. [...] En la fiesta de toros el torero deja de ser un hombre y adquiere esa calidad de moribundo que es un poder, un ascendente metafísico, un toque de lo sagrado.

Las crónicas de Pepe Faroles y otras escrituras surge en un contexto en el que se discute el toreo, un espectáculo que parece haber vivido sus mejores épocas en la Ciudad de México, y tal vez con escasos referentes culturales válidos en el presente.

Más allá de la polémica actual, estas crónicas son la incursión femenina en un mundo dominado por los hombres. Muchos queríamos leerlas y ahora, gracias al rastreo hemerográfico de Norma Lojero Vega, podemos hacerlo. He aquí algunos brillantes *farolazos*. ▣

I

¿QUÉ PASÓ EL DOMINGO con la tradicional galantería mexicana? Preguntamos esto porque nos pudimos dar cuenta de que las señoritas invitadas para desfilan no fueron tratadas, ni mucho menos, como reinas. Ya estaba para finalizar la lidia del primer toro, y ellas todavía andaban buscando, en las lumbreras, un plebeyo sitio desde donde contemplar la corrida.

Sin embargo, cuando el salvajismo hace su aparición, ya la galantería es lo de menos. ¿Hasta cuándo las autoridades podrán evitar que se lancen cojines al ruedo? La víctima del domingo fue una señora que ocupaba una barrera de primera fila y que, como seguramente comprenderá el café que le propinó el cojinazo, no tenía la menor culpa de que los toros del Conejo fueran ratas.

Por cierto que cuando un resignado comentó al ver la furia del público: “¡Pero hombre, si el becerro es bueno!”, su vecino, que no era precisamente san Francisco, aclaró:



Josefina Vicens (1911-1988).

—¡Magnífico, pero... EN ADOBO!

El domingo vimos a Javier Cerrillo correr con tal prisa, que entró al burladero por un lado, le sobró vuelo, y salió por el otro. Con esto rompió el récord establecido por Maera en aquella histórica carrera por el callejón.

A la salida de la plaza y comentando el triunfo de Gregorio, nos decía uno de los novilleros que no han podido conseguir la oportunidad de actuar en El Toreo:

—Francamente, esto de Gregorio me anima, pero como aquí no le dan a uno oportunidades, de plano estoy decidido a irme a Portugal aunque sea por unos cuantos miserables millones de reis.

Pudimos ver claramente en un palco de contrabarrera a Lorenzo Garza y al Maestro Dihigo, sirviéndose con gran frecuencia sendos chatos de manzanilla.

Pero Paquito Malgesto, fiel a la casa comercial que anuncia en sus transmisiones, dijo con su entusiasmo característico, que en el palco de Lorenzo se habían consumido varias botellas de conocido habanero. Ciertamente El Magnífico es de Monterrey, pero ¿no cree usted, amigo Paco, que aunque sea de tarde puede olvidar esto y tener el gesto heroico de “disparar” auténtica manzanilla?

El magnífico muletero Heriberto García, después de dos años de ausencia, vuelve los toros. El próximo domingo actuará en Tijuana, nada menos que mano a mano con Silverio. Se lidiarán toros de Pepe Ortiz. Los que recordamos con emoción las extraordinarias

faenas de Heriberto estamos de plácemes.

Aunque Gregorio García no hiciera nada meritorio, sería imposible negar, viéndolo vestido de luces, que es una primerísima figura.

II

El domingo, nuestro vecino de tendido era un señor muy serio, muy adusto, muy ponderado, muy viejo, muy silencioso. Por todos estos "muy", tan raros en un asistente a las corridas de toros, nos llamó la atención.

—¿Quién era este buen anciano—pensamos— que no deja escapar un solo grito, ni una crítica, ni un olé?

Pero salió el cuarto toro y nuestro vecino se identificó plena y espontáneamente, cuando al leer en el cartelillo el nombre del burel dijo:

—¡Ah, *Masón*, éste es cuatito!

Y a propósito de los nombres de los de Xajay, oímos también el justo comentario de un procunista. Cuando Juan toreaba a *Chilpayate*.

No sólo Luis Procuna, el sonriente gitano, tiene "partido" entre las señoras aficionadas. Juanito Estrada también "se las trae". El domingo cayeron al ruedo muchos costosos abrigos de pieles. Con uno de ellos, Juan hizo gentil distinción, pues levantándolo cuidadosamente, lo besó y lo devolvió a su dueña.

Al salir de la plaza, la dama compró medio kilo de bolitas de naftalina y a estas horas, el lujoso abrigo está guardado en el cofre de los recuerdos, de donde no saldrá, aunque su propietaria, con este tiempito invernal, pesque una pulmonía. Y es que la señora opina que una pulmonía se pesca fácilmente, pero un rendido beso de Juan Estrada, ya es más difícil.

El colmo de la gorronería fue la solicitud de aquel señor que el domingo, a voz en cuello, lanzó esta tremenda frase:

—¡Juan, regala un toro!

En un palco de contrabarrera está Carlos León, descubriendo los secretos de la lidia de toros, a su gentil amiga, la distinguida Emilita Carricarte:

—Ése fue un par al cuarteo, aquello un farol de rodillas, esto un pase natural...

Emilita oía, atenta y asombrada. Pero cuando uno de los toros cayó, cuan largo era, en medio del ruedo, la señora Carricarte, creyendo que los conocimientos adquiridos le permitían ya expresarse taurinamente, dijo muy ufana:

—¡Azotó la res, amigo mío!

III

Indiscutiblemente Cantinflas es el ídolo de México. Llega al público como nadie. La cosa es explicable porque Mario tiene una gracia inimitable. La tarde del sábado la plaza de toros estaba pletórica de gentes que sólo fueron por Cantinflas, que sólo a Cantinflas querían ver y que, en su preferencia, ni siquiera tomaron en cuenta lo mucho bueno que Angelillo y Rutilo hicieron.

Por lo demás, Mario Moreno, taurinamente hablando, es bastante bueno:



El periódico taurino que fundó la escritora.

entiende la lidia, tiene valor y "estilacho, joven". Y en el toreo bufo es sencillamente genial.

Al ver que la plaza se llenaba a reventar en el festival del sábado, un conocido cronista hizo esta frase, que es más elocuente que todo lo que pueda decirse de la gente que "está metida" en la fiesta:

—Los toros se han vuelto como la bamba... ¡costumbre!

Cuando Angelillo tomó las banderillas, el público, deseando ver la repetición de reciente hazaña del propio diestro, le pidió:

—¡Cámbialo, Angelillo!

Pero éste, que de seguro no deseaba otra cosa, dejó escapar al subconsciente y dijo:

—¡Ni modo que lo cambie; ni hay reserva!

El espontáneo que logró dar al toro de Rutilo aquellos magníficos muletaos que le valieron muchas palmas y muchos "quintos" renunció ayer mismo a su empleo y adoptó, como norma para su vida futura, el popular "Himno a la Laboriosidad", que dice así:

Le pego un tiro al trabajo,
¡viva la holgazanería!
la noche es pa' andar de juerga
y pa' descansar el día.

El domingo, cuando salió el cuarto toro, de nombre *Cabaretero*, oímos la sincera expresión de Elías D. Capon, conocido como "el Soldadista número uno de América":

—¡Suave! Éste es de los míos.

Cabaretero, como todos los de su gremio —y del de Elías—, estaba tan crudo y tan trasnochado, que no podía tenerse en pie. El público le chilló, pero Elías, fiel a su partido, lo defendió a COPA y espada.

PACO MALGESTO, nervioso y excitado, explicó a sus radioescuchas:

—Ahora, señores, vamos salir a la maravilla del toreo, a la graciosa, a la sin par Conchita, manejando estupendamente su caballo y con el CINTRÓN de muerte en la mano derecha.

.....
"PACO MALGESTO, NERVIOSO,
EXPLICÓ A SUS RADIOESCUCHAS:
—AHORA, SEÑORES, VAMOS SALIR
A LA MARAVILLA DEL TOREO, A LA
GRACIOSA, A LA SIN PAR CONCHITA".
.....

Alguien le llamó la atención y entonces Paco aclaró:

—¡Perdón, queridos radioyentes! Como ustedes habrán comprendido, lo que Conchita trae en la mano derecha no es, por cierto, el CINTRÓN de muerte, sino el REJÓN de misma.

Ya en serio y con toda sinceridad y respeto, *Torerías* envía su más sentida condolencia a los novilleros Pepe y Jesús Muñoz por el fallecimiento de su señora madre, la señora Francisca López viuda de Muñoz, acaecido el miércoles último. En relación con este penoso caso debemos decir que los deudos de la desaparecida están muy agradecidos a la Unión Mexicana de Matadores de Toros, que cooperó generosamente a los gastos del sepelio.

IV

La gravísima cogida que sufrió Silverio es lamentable por muchos conceptos: por lo que para él significa, en estos momentos culminantes de su carrera, un percance de tal seriedad; porque es casi seguro que no volvamos a ver en mucho tiempo el dramático toreo silverista, ya que *El Faraón*, por lo menos mientras persista en él la impresión de la cogida, no toreará en el terreno que hasta hoy pisaba; y porque la temporada actual pierde, con la ausencia del de Texcoco, su más fuerte atractivo.

Cuando ya todos estábamos paladeando el mano a mano del "compadre" con el "gitano", viene la mala suerte a desbaratar el más espectacular cartel de muchos años a la fecha. En fin, lo más importante es que Silverio se restablezca pronto. Así se lo deseamos muy sinceramente.

Ahora cambia la decoración. El torero que puede llenar la plaza y hacer ganar dinero al empresario es Luis Procuna. *El Soldado* toreará más corridas (nuestro sentido pésame, señor Verduguillo), porque tiene esa desigualdad de la que el público mexicano gusta tanto: ¿Estará bien? ¿Estará mal? Y para averiguarlo la gente va a la plaza. Además, la ausencia de Silverio dará oportunidad a la combinación de carteles en que se incluya a otros diestros que ya habían perdido la esperanza de actuar, ante la amenaza de los "mano a mano" Silverio-Procuna. Vamos a ver cómo se las baraja el señor Algar para ganar dinero y dar gusto al respetable.

Unas preguntas amistosas a Carlitos Arruza:

Si cuando usted quiere puede ser tan buen torero, tan serio, tan convincente, tan efectivo, ¿por qué se empeña en hacer cosas de mal gusto? Si sabe usted torear de pie, como lo demostró el domingo, con tanto mando y tan viril sabor, ¿por qué se empeña usted en estar siempre arrodillado o encorvado o encucillado?

Cierto que eso impresiona a los villamelones, pero usted no torea para ellos, ¿o sí? Con toda la buena voluntad del mundo y con el respeto que nos inspira un torero tan pundonoso como usted, le sugerimos dos cosas: que procure torear a pie y que aprenda a veroniquear. ■

Desde un género que admite posibilidades múltiples, enfocado de manera especial en el registro histórico, sin descartar el ensayo literario ni los recursos narrativos, Federico Guzmán Rubio —colaborador habitual de este suplemento— publica el resultado de sus incursiones por tres países de América Latina. Es un volumen que revive el peso, el dolor de las utopías vencidas o arrasadas por crímenes atroces. Las huellas permanecen ahí. El cronista acude en su búsqueda para lograr un panorama histórico y cultural que cala hondo.

EL MÁS BASTARDO DE LOS GENEROS

HECTOR IVÁN GONZÁLEZ

@HectorIvanGP

Federico Guzmán Rubio (México, 1977) es uno de nuestros escritores que más sabe de la historia latinoamericana y de su literatura. Su obra ha tenido mayor difusión en el extranjero que en México, el libro de cuentos *Los andantes* (VIII Premio de Narrativa Caja Madrid, 2010) y su novela *Será mañana* (Lengua de trapo, 2012), publicados ambos en España —y la novela también en Argentina—, son prueba de ello.

Debido a la personalidad errante, el autor es un cronista que conjuga la perspectiva del erudito con la intuición del izquierdista perspicaz. No resulta azaroso que muchas editoriales mexicanas, que brillan por su ignorancia, no sepan asir ni justipreciar a un escritor de estas características. Sin embargo, no hay vocación a la que se pueda detener ni talento al que reprimir, y la editorial Los libros del perro acertó al publicar *El miembro fantasma* (México, 2021), libro de crónicas político-literarias.

Incitado por varios planes de viaje y de escritura, Guzmán Rubio reúne tres largas crónicas sobre El Salvador, Uruguay y Argentina. A partir del proyecto de recuperar la memoria de la guerra civil durante los años ochenta, localizar la cárcel de Punta Carretas, saber quiénes fueron los Tupamaros, en Uruguay, y recuperar la memoria de lo que fue la dictadura militar en Argentina, el autor peregrina en estos países, donde el viaje depara giros narrativos, el contacto con seres entrañables y el conocimiento de momentos épicos. Incluso estos episodios alcanzan la altura de una buena película de Pontecorvo o Gavras, como en el momento en que en El Salvador lograron disfrazar una bomba de planta de luz para que el sanguinario coronel Domingo Monterrosa la decomisara, adjudicándose una victoria contra la guerrilla, pero que con ello encontrara la muerte:

Poco después, volvió a elevarse el helicóptero [con la bomba]. Si el control remoto no servía, el disparador del altímetro debía activarse al llegar a la altura

de la soberbia de Monterrosa: 1,500 metros sobre el nivel del mar. Eran dos oportunidades de ajusticiar al genocida. Casi cuando volaba por encima de ellos, los guerrilleros apretaron el control remoto y una inmensa bola de fuego iluminó la mañana radiante de Morazán (p. 75).

Pero no se trata de un volumen que encomie la violencia *per se*, sino de un ejercicio de la memoria que no admite concesiones:

Confieso que estoy algo nervioso mientras conduzco hacia El Mozote, el sitio donde hace cuarenta años —¿es mucho o es nada?— el ejército masacró a mil civiles desarmados, en lo que probablemente siga siendo la peor masacre cometida en el hemisferio occidental al menos desde la Segunda Guerra Mundial (p. 87).

EN ALUSIÓN AL SÍNDROME que padece quien haya perdido un miembro del cuerpo y en quien surge, como reflejo, la sensación de tener comezón o cosquillas, Federico ha hecho una analogía afortunada con el ideal que nunca se materializó, la utopía latinoamericana. Ese pasado que tanto se persiguió en nuestros países pero al que la aplastante realidad represiva, dictatorial y, en todos los casos, neoliberal, terminó por imponerse. Desde sus libros anteriores, como en *Será mañana*, cuyo protagonista, Barrunte, un ser inmortal, viaja por diferentes momentos de insurrección política, Guzmán Rubio ha mostrado una amalgama entre las preocupaciones políticas y una prosa vertiginosa y contundente. El resultado, en muchos sentidos, es un libro que ejercita la memoria a la vez que refresca, en esta ocasión, al “más bastardo de los géneros”, como Federico define a la crónica, pero que, en general, renueva la prosa sin cortapisas.

ES UN LIBRO FASCINANTE que nos sumerge en tres países muy disímiles,

“ESTAS CRÓNICAS, QUE A VECES SON ENSAYOS LITERARIOS, PERSIGUEN UNIR VARIOS OBJETIVOS, CUMPLIR EL ITINERARIO MÁS COMPLEJO POSIBLE, ENCONTRAR LA MEJOR HISTORIA DEL MUNDO”.

pero con un pasado bélico y asesino. El Salvador de la guerrilla contra su gobierno corrupto, el Uruguay de los Tupamaros (ver la respuesta del autor a la pregunta: “¿Quiénes fueron los Tupamaros?”, pp. 152-166), el de la huida legendaria de ciento seis presos y también del semanario *Marcha* y la literatura de Onetti. Por último, la Argentina de las villas miseria, de Walsh y Borges; porque tarde o temprano, siempre se termina hablando de ellos.

Por esto no es extraño que en este buen narrador —ahora metido a cronista— haya una mirada en la que se proyecta él mismo. “Todos los mundos están en éste”, le responde Federico a un esbirro trasnochado de la dictadura uruguaya, pero que, más allá del episodio, nos deja ver la forma en que el autor concibe el mundo con su abigarrada complejidad. Pues si en este mundo podemos encontrar todos, las utopías pasadas pueden revivir y andar como si las acabáramos de sacar de la cripta.

Estas crónicas, que a veces son ensayos literarios, persiguen unir varios objetivos, cumplir el itinerario más complejo que sea posible, encontrar la mejor historia del mundo o hablar de una ruta de la que nadie quiere hacerlo, lo cual me recuerda la solidaridad con los más pobres de la que hablaba Juan Goytisolo, la misma que nos propone romper con la visión clasemediera con la que se turisteaba, negando la historia latente, ésa que aún se escucha gritar en las crujiás y pasillos de la ESMA, de Buenos Aires, o al disfrazar la cárcel Punta Carretas de centro comercial, en el Uruguay, pero que permanece como un clavo ardiente en la memoria. ■

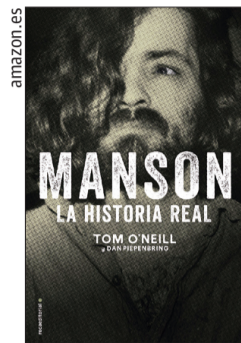


CINCUENTA AÑOS DESPUÉS de los asesinatos perpetrados por la familia Manson, en 2019, tres documentos volvieron a poner el tema en primer plano. Uno es la película *Once Upon A Time In Hollywood*, de Quentin Tarantino. El otro es *Chaos* (Roca Editorial), de Tom O'Neill. Un reportaje fascinante que en más de cuatrocientas páginas se dedica a revisar exhaustivamente los pasos que dio Charles Manson antes de la culminación de la muerte de Sharon Tate y compañía. Y el tercero es la serie documental *Los hijos de Sam*, donde se le relaciona con una secta de satánicos que presumen de ser los responsables de los crímenes achacados a David Berkowitz.

Ya antes, en 2015, la fascinación por Manson se había tratado en la serie *Aquarius*. Fue cancelada tras dos temporadas y la historia quedó inconclusa. Un año después, Emma Cline exploró el tema desde la ficción en su novela *Las chicas* (Anagrama 2016), que arroja una mirada sobre el clan, pero no desde la figura de su líder, sino desde la de un personaje ficticio que formó parte de la familia pero no estuvo presente durante los crímenes.

De todas las aproximaciones anteriores a la figura del perpetrador del llamado *crimen del siglo*, la más incendiaria es el libro de O'Neill. En primer lugar porque desafía la teoría retorcida del *helter skelter*—el título de la canción de los Beatles—, establecida por Vincent Bugliosi, autor del libro homónimo *Helter Skelter* (Contra, 2019), el más vendido sobre el caso Manson y fiscal de distrito durante el juicio al líder y los miembros de la Familia que perpetraron la matanza. Bugliosi fue el más acérrimo detractor de O'Neill, a quien amenazó con demandar si publicaba sus teorías sobre Manson. De hecho, *Chaos* salió a la venta sólo después de la muerte de Bugliosi. Antes hubiera propiciado un debate público. La razón por la cual estaba en contra de O'Neill es porque tiraba por la borda su credibilidad como fiscal. Según O'Neill, Bugliosi se benefició de Manson para convertirse en una celebridad y se hizo de la vista gorda ante una enorme cantidad de pruebas que no fueron tomadas en cuenta durante el juicio.

EN CHAOS, O'NEILL sigue la pista de Manson hasta sus primeros días, cuando era un delincuente de poca monta. Y va juntando las piezas que lo llevan hasta el momento de los asesinatos. Refuta la teoría de que haya ordenado los crímenes para introducir el caos y desatar una guerrilla racial. Y también pone en duda la certeza que pesa sobre él



**“A QUIÉN LE INTERESABA QUE
MANSON NO FUERA APRESADO.
O'NEILL SACA A LA LUZ EVIDENCIA
DE INFORMES DE LA CIA”.**

de haberse vengado contra Hollywood por ser un artista frustrado. Para O'Neill, fue un experimento del gobierno que se salió de control; a lo largo del libro hay pruebas, bien documentadas, de los contactos que Manson tuvo con un par de instituciones psiquiátricas que experimentaban con LSD, cuyo fin era poner en práctica el control mental (un asunto que siempre ha obsesionado a los gringos).

Pero O'Neill va más atrás, hasta cada una de las faltas cometidas por Manson que fueron toleradas por su oficial de libertad condicional. Como robo de autos, caer en prisión, ser sospechoso de asesinato. O'Neill se pregunta por qué en cada una de estas ocasiones Manson fue puesto en libertad. De haber sido detenido, jamás habría fundado la Familia y los crímenes posteriores no habrían ocurrido.

A quién le interesaba que Manson no fuera apresado. Nadie se salva del escrutinio de O'Neill. Saca a la luz evidencia de distintos informes, tanto de la CIA como del FBI. Y va en busca de todos los involucrados y solicita los expedientes del caso, para toparse con una maraña de dificultades. Los que siguen vivos no quieren hablar, los expedientes se extravían o simplemente no se los facilitan. Y entre más se sumerge el autor en ese pantano, a uno como lector le duele la cabeza al no encontrar una salida para semejante laberinto.

Tras varias décadas, finalmente, O'Neill tomó la decisión de publicar su libro, que incluye algunas entrevistas con Manson. Y concluye que cuando éste murió, en 2017, “todo mundo prefería la idea de él a la realidad, y muerto era más ideal que nunca: el hippie asesino de los sesenta”.

Una realidad que según O'Neill le convenía a Estados Unidos: a los gringos les urgía terminar con esa era de amor y paz. Querían acabar con ella porque les inspiraba verdadero terror. **■**

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

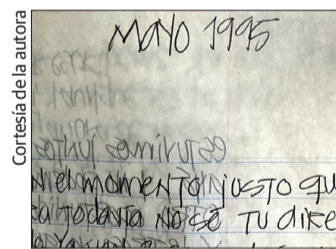
Por
**CARLOS
VELÁZQUEZ**

@Charfornication

MANSON
REVISITED

ANOCHÉ ME ENCONTRÉ entre papeles viejos una misiva. Esta palabra suena a misil, a proyectil autopropulsado, cargado de pólvora. El arma poderosa alcanza su objetivo y lo hace explotar, mientras que una carta elimina la distancia y establece la presencia del ausente. Cuando me da por ponerme más masoquista que melancólica, abro la caja donde conservo mis diarios, recortes y demás objetos inútiles, apegos que he ido recolectando a lo largo de la vida. Ahí estaba una hoja manuscrita por los dos lados. Reconocí mi caligrafía, la leí. ¿Para quién era? ¿Por qué no la entregué? El ya casi pergamino no tenía destinatario.

La materia de Español nunca fue mi favorita, no le tomé el gusto a la morfología ni a la sintaxis. Para mí, el lenguaje es una herramienta para darme a entender mejor, expresarme, explicar mi idea del mundo. Si quería escribir bien, debía respetar las reglas de ortografía y gramaticales, concretas y lógicas, que jamás he podido memorizar. Un ejercicio que hicimos en clase fue redactar cartas formales. Tenían que incluir fecha y lugar, el nombre de la persona a quien iba dirigida. Un breve saludo de cortesía. En los párrafos siguientes, el asunto o el problema. Un mensaje de despedida y al final, la firma del emisor. ¿Y cómo se le escribe a un enamorado? Pregunté a la maestra. Yo estaba segura de que para ello no había normas ni formatos. Además de las declaraciones de amor, creía importante rociarle perfume al interior del sobre y la marca del labial rojo como rúbrica, o si era un reclamo por despecho, una gota de mi sangre.



Cortesía de la autora

**“¿Y CÓMO SE LE ESCRIBE
A UN ENAMORADO?
ESTABA SEGURA DE QUE
NO HABÍA NORMAS”.**

MAYO, 1995. Van a pasar días para que llegue a ti esto que siento y te digo. No sé tu dirección y el servicio postal es malo. Te vi hace dos semanas, ahora ya no estás. Hablar contigo fue como dialogar con mi otro yo. No dije mucho entonces, no importó. Repito las cosas, estoy escribiendo como pienso, desordenadamente. La distancia acalla el sonido de mis murmullos. Vivo fuera del tiempo, del espacio que no habito...

No sé quién eres, no me acuerdo de ti ni de tu nombre, tampoco de tu cara. Esta epístola que hallé es testigo de la imposibilidad de comunicar lo que fui, lo que soy. Antes de que se borre la tinta azul, la enviaré a todos los hombres, a ninguno, al que quizás nunca existió, lector amante, real o imaginario. A ti, desconocido, que me lees desde lejos y mi voz no te toca.

*** Me gustas tal y como no eres. **■**

OJOS DE PERRA AZUL

Por
**KARLA
ZÁRATE**

@espia_rosa

LETRA
SIN DESTINO

ESGRIMA

Por
**ALEJANDRO
GARCÍA ABREU**

**AGUSTINA
BAZTERRICA:**
UNA DISTOPÍA
SOBRE EL
CANIBALISMO

“EL CANIBALISMO
ES LITERAL EN
LA NOVELA. PERO
NOS COMEMOS
SIMBÓLICAMENTE.
EL EJEMPLO
MÁS RADICAL
ES LA TRATA
DE PERSONAS”.

*La salud del cuerpo se fragua
en la oficina del estómago.*
MIGUEL DE CERVANTES

Cadáver exquisito (Alfaguara, Ciudad de México, 2020) ocurre en una distopía caníbal. A causa de un virus mortal que afecta a los animales y contagia a los seres humanos, la sociedad se divide. Se naturaliza el consumo de carne humana. Se *faenan* —matan y preparan para el consumo— hombres y mujeres y hay carroñeros. En la novela de Agustina Bazterrica (Buenos Aires, 1974), los humanos son criados para ser animales comestibles: “les sacan las cuerdas vocales”. Ocurre el proceso de deshumanización cuando se pierde la voz, el sistema de comunicación, como si de un régimen totalitario se tratase. “Nadie quiere que hablen porque la carne no habla”, escribió. Anulan una parte del lenguaje para ejercer control.

Colige: “Su cerebro le advierte que hay palabras que encubren el mundo. Hay palabras que son convenientes, higiénicas. Legales”. Examina el lenguaje visto como cómplice que encubre el mundo. Bazterrica plantea el dilema de la otredad: hay humanos que comen a otros y hay humanos que serán consumidos, previamente *faenados*. Jazmín representa a las mujeres silenciadas y maltratadas del mundo. Es una representación del feminicidio. Se convierte en alegoría de la trata de personas y del asesinato sistemático de mujeres como un ejercicio de canibalización.

Ganadora del Premio Clarín Novela 2017, *Cadáver exquisito* fue seleccionada por un jurado compuesto por los escritores Jorge Fernández Díaz, Pedro Mairal y Juan José Millás. El jurado destacó que “se trata de una novela mayor, que incursiona en los mecanismos siniestros de una sociedad distópica y caníbal, valorable por su atmósfera densa e hipnótica, su trama sorprendente, su lenguaje directo y despojado, y su capacidad para volver visibles algunas prácticas oscuras y normalizadas de la vida cotidiana actual”.

Durante la investigación realizada para el desarrollo de la novela, la escritora argentina conversó sobre la alimentación consciente con Gonzalo Bazterrica, su hermano, un chef dueño de un restaurante a puertas cerradas. Agustina Bazterrica asevera: la alimentación consciente se relaciona con la máxima de Hipócrates: “Que tu alimento sea tu medicina, y tu medicina tu alimento”.

Cadáver exquisito explora la oscuridad que lleva implícita la naturalización de la crueldad. ¿Qué propició el desarrollo de la alegoría —el consumo de carne humana— planteada en la novela?

Naturalizamos la crueldad gracias al sistema capitalista, que considera al otro como un elemento para usar y desechar. Realicé investigaciones sobre la alimentación consciente y dejé de comer carne.

Un personaje, Urlet, afirma: “Después de todo, desde que el mundo es mundo nos comemos los unos a los otros. Si no es de manera simbólica, nos fagocitamos literalmente”. ¿Cuál es el origen de la frase atribuida a Urlet?

El canibalismo es literal en la novela. Pero nos comemos los unos a los otros simbólicamente. El ejemplo más radical es la trata de personas. Se trata de mujeres raptadas, drogadas, en cautiverio. Recientemente leí en los diarios sobre el caso argentino de María de los Ángeles *Marita* Verón, hija de Susana Trimarco, por su vigésimo aniversario. Hace veinte años, *Marita* fue secuestrada por una red de trata de personas con fines de explotación sexual. Su madre, Susana Trimarco, hizo de la historia un emblema y puso en primer plano de la agenda nacional el crimen de la trata de personas. Su lucha y persistencia llevaron a rescatar a múltiples víctimas y a allanar prostíbulos. La Fundación María de los Ángeles, creada por Trimarco, ha ayudado enormemente en las labores de rescate. También nos



Foto ▶ Rocio Pedroza

comemos los unos a los otros a través de la guerra, de la esclavitud. Son algunos ejemplos. Cuando se corta la empatía con el otro se genera la violencia.

El jurado del Premio Clarín Novela 2017 destacó que *Cadáver exquisito* es “una novela mayor”. En el dictamen, el jurado omitió el silencio, esencial en la novela. “La ausencia de los animales dejó un silencio opresivo, mudo”, escribiste. Posteriormente se lee: “Sale y se queda acostado en el pasto bajo el silencio de esas luces en el cielo, millones, heladas, muertas”. ¿Qué significado le otorgas al silencio?

Es una muy buena pregunta. Realizaste una lectura acertada. Muy pocos lectores se han dado cuenta de la importancia del silencio en la novela. A los humanos que son criados para ser animales comestibles les sacan las cuerdas vocales. Es el detalle más evidente. El virus es parte del silencio. Pero juego con la ambivalencia, con aquello que no se dice. Un silencio grande en el libro es el narrador en tercera persona focalizado en Marcos Tejo. Otro silencio es el de Sergio, uno de los aturdidores, quien dice algo que el lector no sabe. Consideremos el silencio de los animales que ya no están. El silencio construye el clima.

El protagonista dirá: “Este es Marcos Tejo, un tipo al que se le murió un hijo y camina por la vida con un agujero en el pecho. Un tipo que está casado con una mujer rota. Se dedica a faenar humanos porque tiene que mantener a un padre demente que está encerrado en un geriátrico y que no lo reconoce. Está por tener un hijo con una hembra, uno de los actos más ilegales que puede cometer una persona”. ¿Cómo fue el desarrollo de Marcos Tejo?

Lo desarrollé de manera intuitiva. Es la inteligencia que más me interesa porque escapa a lo racional y se vincula con lo intangible. Es una suma de vivencias, lecturas, reflexiones. Investigué sobre la alimentación consciente y otros temas durante muchos meses. Cuando decidí concluir la investigación y me senté a escribir, apareció el personaje. Posee ambivalencias, vive entre claros y oscuros, tiene dudas que al final se disipan. Convivo con los personajes. Los conozco conforme los imagino. **Escribes: “... el colibrí se mueve rápido y desaparece. Piensa que no hay manera de que algo tan hermoso y pequeño haga daño. Piensa que, quizás, ese colibrí es el espíritu del padre que lo está despidiendo”. ¿Qué significado le das a la orfandad?**

Es un vacío irreparable. No hay manera de llenarlo. La orfandad es uno de los tantos dolores que atraviesan la novela. Me permitió trabajar con un personaje tan fragmentado y tan roto, cuya condición mental le permite hacer lo que realiza con Jazmín al final. **El epígrafe de Leopoldo Lugones, de su cuento “Yzur”, condensa la novela y pareciera anunciar el final. Y la ilustración de la portada del diseñador argentino Max Rompo es atractiva y acertada. De acuerdo. El final está anunciado desde la cita de Lugones: “... y su expresión era tan humana, que me infundió horror...”. Iba a ponerla en la segunda parte, pero finalmente decidí que no. Y cuando recibí la portada de Max Rompo fue un sí directo. □**